



Energía y movilidad: la transición que ya está redefiniendo nuestras ciudades, empresas y forma de vivir

La movilidad sostenible ya no es únicamente una cuestión de transporte. Hoy hablamos de energía, competitividad, industria y calidad de vida. Cada vehículo eléctrico, cada punto de recarga o cada plan de movilidad laboral forman parte de una transformación mucho más profunda: la redefinición del modelo energético que sostendrá nuestras ciudades y empresas en las próximas décadas. La 6ª edición de los Premios Internacionales de Movilidad ha vuelto a demostrar que esta transición ya está en marcha y que el verdadero reto ya no es imaginar el futuro, sino acelerar su implantación de forma accesible, eficiente y justa.



May López

Directora de desarrollo de Empresas por la Movilidad Sostenible.

Durante años hablamos de movilidad sostenible pensando únicamente en vehículos: eléctricos, compartidos, autónomos o conectados. Pero la verdadera revolución no estaba solo en el transporte, estaba —y está— en la energía que sostiene todo ese nuevo modelo de movilidad.

Una reflexión que se ha puesto en primer plano con la tensión geopolítica y de inestabilidad energética

en la que nos encontramos. Detrás de cada desplazamiento existe un sistema energético. Detrás de cada flota electrificada existe una red eléctrica. Detrás de cada punto de recarga existe una decisión estratégica de país. Y detrás de cada ciudad que aspira a ser más habitable existe una nueva manera de entender cómo producimos, distribuimos y consumimos energía.

La 6ª edición de los Premios Internacionales de Mo-



La movilidad sostenible ya no es una conversación exclusivamente ambiental, es una conversación económica, industrial, energética y social

La movilidad volvió a demostrar precisamente eso: la movilidad sostenible ya no es una conversación exclusivamente ambiental, es una conversación económica, industrial, energética y social. Una conversación sobre competitividad, resiliencia y calidad de vida. Y quizá lo más importante, una conversación en la que ya no solo hablamos de futuro, hablamos de presente.

De sustituir el motor a transformar un ecosistema

Durante décadas construimos nuestras ciudades, empresas e infraestructuras alrededor de un modelo aparentemente sencillo en el que el petróleo no solo movía vehículos, movía economías enteras.

Hoy el paradigma está cambiando a una velocidad que probablemente aún no hemos terminado de dimensionar. El reto ya no consiste únicamente en sustituir motores térmicos por eléctricos, si no que pasa por transformar todo el ecosistema energético que sostiene la movilidad, los hábitos de consumo y el diseño de las ciudades. La pregunta ya no es si electrificaremos el transporte, la pregunta es si estamos preparados para descarbonizar el transporte de manera eficiente, accesible y justa.

Un vehículo eléctrico ya no es únicamente un coche. Es almacenamiento energético, es gestión inteligente de la demanda, es infraestructura conectada, es digitalización, es un activo energético móvil capaz de interactuar con la red eléctrica en tiempo real, pero también es soberanía energética, reducción de riesgos económicos, ambientales y sociales, y esto cambia completamente las reglas del juego.

Oslo y el ejemplo de lo que ocurre cuando existe una visión de país

Entre las iniciativas reconocidas en esta edición de los Premios Internacionales de Movilidad hubo un caso especialmente simbólico: Oslo.

La capital noruega se ha convertido en uno de los grandes referentes mundiales de movilidad sostenible y en particular de la movilidad eléctrica. Actualmente, el 95,9% de las nuevas matriculaciones en la ciudad

corresponden a vehículos de cero emisiones. Pero reducir el éxito de Oslo a una cuestión de vehículos eléctricos sería un error enorme.

Lo verdaderamente interesante es entender que detrás de ese resultado existe una estrategia integral sostenida durante años: planificación urbana, fiscalidad, infraestructura pública, transporte colectivo, digitalización y política energética trabajando en una misma dirección. Y todo ello impulsado por el poder de uno de los grupos de presión con mayor influencia: los ciudadanos.

Ese es probablemente uno de los grandes aprendizajes que deberíamos asumir en España: la movilidad sostenible no funciona cuando se aborda de forma aislada, funciona cuando existe una visión sistémica y el ciudadano pasa a estar en el centro de la estrategia. Un ciudadano que quiere moverse de forma más eficiente y que los productos también le lleguen de forma más eficiente, manteniendo unos buenos niveles de calidad del aire al mismo tiempo que se genera y garantiza un mayor fortalecimiento económico.

Porque la transición energética no depende únicamente de instalar más puntos de recarga o vender más coches eléctricos, depende de cómo conectamos visión estratégica de país, energía, urbanismo, tecnología, industria, medioambiente, y comportamiento y beneficio social.

El gran reto energético invisible: la movilidad laboral

Existe un ámbito donde esta transformación será especialmente decisiva y que empieza a recibir la atención que se merece: la movilidad laboral.

Cada mañana millones de personas recorren kilómetros para ir a trabajar. Más de 33 millones de desplazamientos diarios en España, que hemos normalizado durante décadas como si fueran inevitables, que generan una enorme factura económica, energética y ambiental.

No en vano, la movilidad laboral representa aproximadamente el 25% de los desplazamientos diarios en España. De estos, cerca del 70% continúa realizándose en vehículo privado y el 60% de ellos con un único ocupante, lo que supone unos 14 millones de coches diarios transportando a una sola persona. Una movilidad laboral que genera alrededor del 40% de las emisiones asociadas al transporte.

Pero además de emisiones, también supone mucho tiempo perdido, estrés, dependencia energética, congestión, salud y costes económicos para las familias. Costes que se estiman en más de 3.800 euros anuales

por hogar vinculados a desplazamientos cotidianos.

Es por todo ello, por lo que la futura implantación obligatoria de Planes de Movilidad Sostenible al Trabajo, para los centros con más de 200 personas trabajadoras o más de 100 por turno, puede marcar un punto de inflexión histórico, al obligar, por primera vez, a tratar la movilidad como una variable estratégica dentro de las organizaciones. Una obligación con un plazo límite fijado en el 6 de diciembre de 2026, que cambia profundamente la conversación. Ya no se trata únicamente de electrificar flotas corporativas, se trata de analizar cómo se desplazan los trabajadores y proveedores que acceden a los centros de trabajo; cómo reducir desplazamientos innecesarios; cómo fomentar alternativas colectivas, compartidas o activas; cómo integrar flexibilidad, teletrabajo y eficiencia energética dentro de la propia cultura empresarial.

La movilidad laboral dejará de ser un asunto secundario para convertirse en una pieza central de la competitividad empresarial.

Democratizar la movilidad sostenible

Existe una cuestión clave de la que todavía no hablamos lo suficiente cuando abordamos la transición energética: cómo garantizar que esta transformación no deje a nadie atrás.

Porque si ponemos el foco en la movilidad eléctrica,

la realidad es que todavía hoy millones de personas y muchas organizaciones siguen sin poder acceder fácilmente a ella. Y no por falta de interés o compromiso, sino por algo mucho más estructural: falta de infraestructura, limitaciones urbanísticas y barreras económicas que continúan condicionando quién puede —y quién no— sumarse a esta transición.

Y ahí está uno de los problemas a abordar, porque mientras seguimos centrando el debate en los vehículos, muchas ciudades aún no han resuelto la cuestión más básica: dónde cargarán millones de ciudadanos, entre el 60% y el 70% de los hogares, que no disponen de plaza de aparcamiento propia. Sin una red pública de recarga accesible, fiable y distribuida, el vehículo eléctrico corre el riesgo de convertirse en un privilegio y no en una solución colectiva.

Por eso la infraestructura pública ya no es un elemento complementario de la transición energética, es una condición estructural para hacer posible la electrificación urbana.

Los datos, además, lo confirman: cuando la densidad de puntos de recarga AC supera entre 0,5 y 1 punto por cada 100 habitantes, las matriculaciones de vehículos eléctricos crecen entre un 20% y un 40% anual. La relación es directa, ya que donde existe infraestructura, existe confianza, y donde existe confianza la ciudadanía acelera el cambio.

En este contexto, la nueva normativa, que obliga a





incorporar infraestructura de recarga y aparcamientos para bicicletas en nuevos edificios y grandes rehabilitaciones, representa mucho más que un cambio técnico, representa empezar a diseñar ciudades preparadas para una movilidad verdaderamente accesible, conectada y sostenible.

El verdadero cambio no es tecnológico: es cultural

Porque existe un error frecuente cuando hablamos de movilidad sostenible: pensar que el principal desafío es tecnológico. Pero la realidad es que la tecnología ya existe en gran medida y el verdadero reto es cultural.

Durante décadas hemos construido un modelo donde el coche privado era prácticamente la única respuesta posible. Hemos diseñado ciudades dispersas, desplazamientos obligados y dinámicas laborales profundamente dependientes de la movilidad motorizada. Cambiar esto implica repensar muchas más cosas que los vehículos. Implica replantearnos cómo vivimos, cómo trabajamos, cómo queremos movernos, y cada vez más con la irrupción del ecommerce, cómo compramos.

La movilidad sostenible no consiste únicamente en reducir emisiones. Consiste en recuperar tiempo, espacio urbano, comercio local, seguridad, poder económico, salud y calidad de vida. Consiste en construir ciudades más humanas generando un mayor impacto ambiental, económico y social.

España tiene una oportunidad histórica

Y, sin embargo, en medio de todos estos desafíos existe también una enorme oportunidad.

España tiene capacidad renovable, talento industrial, una posición geográfica estratégica, empresas innovadoras y un ecosistema de movilidad cada vez más maduro. Tenemos condiciones extraordinarias para liderar esta transición. Pero exigirá tener una visión estratégica de país, acelerar infraestructura, reducir burocracia, impulsar colaboración público-privada y entender la movilidad sostenible como un catalizador para impulsar una autonomía energética, una oportunidad de reindustrialización, además de un menor impacto ambiental.

Quizá por eso, esta 6ª edición de los Premios Internacionales de Movilidad deja una sensación especialmente relevante: la de estar asistiendo al nacimiento de un nuevo modelo de país, ya que muchas de las iniciativas premiadas ya están demostrando que avanzar es posible. Un modelo donde energía y movilidad dejan de avanzar por separado.

Desde proyectos de movilidad rural sostenible hasta soluciones de recarga inteligente, micromovilidad o descarbonización logística, todas las iniciativas premiadas comparten algo fundamental: entienden que movilidad y energía forman ya parte de la misma conversación.

Porque cada desplazamiento es también una decisión energética y porque el futuro de nuestras ciudades, nuestras empresas y nuestra calidad de vida dependerá, en gran medida, de cómo sepamos construir esa nueva relación entre energía, movilidad y sociedad. 🌈